



CARALPS

*"Nosotros, tema de los demás"*

# LA SARDANA, EL ROMANICO Y LA COSTA BRAVA

por JOSE CABEZUDO ASTRAIN

En la revista gráfica navarra «PRE-GON»), D. José Cabezudo Astrain publica un artículo referido a nuestras tierras, que por creerlo de interés, reproducimos:

El viajero, sigue empedernido en «descubrir ESPAÑA». No le importa mezclarse con las oleadas de turistas que en verano invaden las costas, desde Rosas hasta Andalucía, aunque prefiere frecuentar los sitios solitarios, poco accesibles. Se ha asomado a los acantilados inofensivos de la Costa Brava (que por cierto, en estío es totalmente «mansa»), entre cuyos repliegues, unas ensenadas que parecen de juguete, aguardan a los bañistas semidesnudos y a las piraguas juguetonas, esperando siempre que las retraten en tecnicolor. Porque este azul es tan azul, como el que ponían los pintores del XV en las vestiduras de los santos. De vez en cuando, algunas rocas emergen a la superficie y se creen ellas que son islas. Y también se lo creen las olas mediterráneas, cuando las rodean de espumas, cándidamente blancas.

En cualquier momento uno espera que en el horizonte, aparezcan las velas de los mercaderes griegos, enfilando sus proas hacia AMPURIAS, guiados por la curva perfecta del golfo de ROSAS. Ellos verían desde el mar unos bosques de pinos, como éstos que ahora vemos, y tal vez algún alcornoque y alguna palmera solitaria. No os apetece entrar en un Museo de prehistoria, dejando este paisaje silencioso, que os atrae poderosamente, mientras a vuestras espaldas tenéis unas esbeltas columnas dóricas, que en tiempos lejanos soportaron un templo pagano o una casa romana.

La verdad es que, en esta histórica tierra ampurdanesa, las civilizaciones se han ido sucediendo, a orillas del mar, mientras comenzaban a levantarse solitarios cenobios al principio de la Edad Media. Y así los sitios estratégicos, como las ruinas ibéricas de ULLASTRET, el castillo de Bagur y los gallardos torreones típicos de la comarca, que jalonan toda la costa, alternan en solera con tantos Monasterios románicos, como Ripoll, San Pedro de Roda, etc., cuyos historiados capiteles han visto pasar los siglos, las gentes, las guerras, las devastaciones... y ahí, están, mostrándonos sus monstruos apocalípticos, sus escenas guerreras, sus figuras bíblicas y sus impresionantes claustros solitarios, de los que ha huido la vida monacal, para ser pisados con expectación por bandadas de turistas que hablan distintos idiomas, enfocan con sus máquinas los mismos rincones y compran indefectiblemente las mismas tarjetas.

Algunas veces, estos asombrados extranjeros, que oyen a los guías con visible deseo de enterarse, quieren saber el valor de ciertos tesoros. Por eso, he visto en la Catedral de Gerona grandes letreros impresos, ponderando la riqueza de un valioso tapiz del siglo XII, y calculando su valor en un millón de dólares, cosa que a los americanos les hace quedarse con la boca abierta. Otras veces (como en Ripoll) me ha ocurrido acercarme un educado y barbudo francés, para ver si le explicaba algo del románico, porque me había oído hacerlo a una hija mía, que me acompañaba, en la citada Catedral de Gerona.

En los baños árabes de la misma ciudad, precioso recinto de un sabor misterioso, turistas femeninas, curioseaban por allá como si quisieran desentrañar escenas de refinada molición oriental, al leer y ver dónde estaba la Sala Fría y la Sala caliente, y los oscuros pasadizos y las penumbrosas estancias en las que, los clientes tomaban vapores y masajes. Una pareja de novios, se arrullaba entonces, no sé si por la semioscuridad, o por la emoción de ver huellas tan evocadoras de la sensualidad de los árabes. Lo más chocante, (según dice cierta hojita que os entregan al entrar), es que este edificio estuvo muchos años como convento de unas monjas. Cosa que a los extranjeros les intrigaba. Me figuró que pensarían: «Efectivamente, España es diferente...».

Por cierto que el refinamiento de la comodidad, para el viajero curioso, es que en el Monasterio de Ripoll, un aparato como un magnetófono, que lo conectas con los oídos, para ir oyendo en el idioma que prefieras, toda la historia de este sensacional cenobio. Yo creo que a esto, se le podía llamar «El guía mecánico» (1).

Pues, ¿y la sacristana de la catedral de CASTELLO D'AMPURIES? Con su difícil castellano y su buena voluntad, nos explicaba el mérito de un retablo de alabastro policromado del siglo XIV (que desde luego, es sensacional) y se disculpaba, diciendo que los encargados de hacer de guías, eran dos seminaristas del pueblo que con las propinas se costeaban sus estudios y que en ese momento, estaban en clase de francés.

Lo que, por las calles de todos los pueblos se advierte, es una cantidad enorme de objetos turísticos y veraniegos, desde sombrillas y sombreros, hasta cestos y cestillos, cañas de pescar, zapatillas, castañuelas, toreros y bailarines flamencos, conchas y caracoles marinos, lanchas neumáticas, flotadores, platos de La Bisbal, loza de toda España (Talavera, Onda, Alcora, Teruel...). Yo le pregunté a uno de estos comerciantes de verano, si era posible que tales cantidades de objetos se vendiesen. Decía que no, pero que había que tenerlos.

Si desde Gerona tomáis la ruta de Bañolas, veréis el famoso lago, en una de cuyas orillas chapotean los bañistas. Hay una carretera que circunda la masa de agua entre árboles, y con ellos, descubriréis una joya románica insospechada, aunque ya famosa. La pequeña Iglesia de PORQUERAS, restaurada con sobriedad y belleza indudables. Por lo original de su arquitectura (ya, desde la portada y sobre todo el arco triunfal del presbiterio, soportado por dos columnas con sus capiteles historiados, de una talla finísima), es hoy uno de los mejores ejemplares de su época (siglo XII). En la imposta que corre sobre uno de los capiteles, se observa la particularidad de que entre los apóstoles, además de Jesús está la Virgen con el niño, en el centro de cada uno de los frentes.

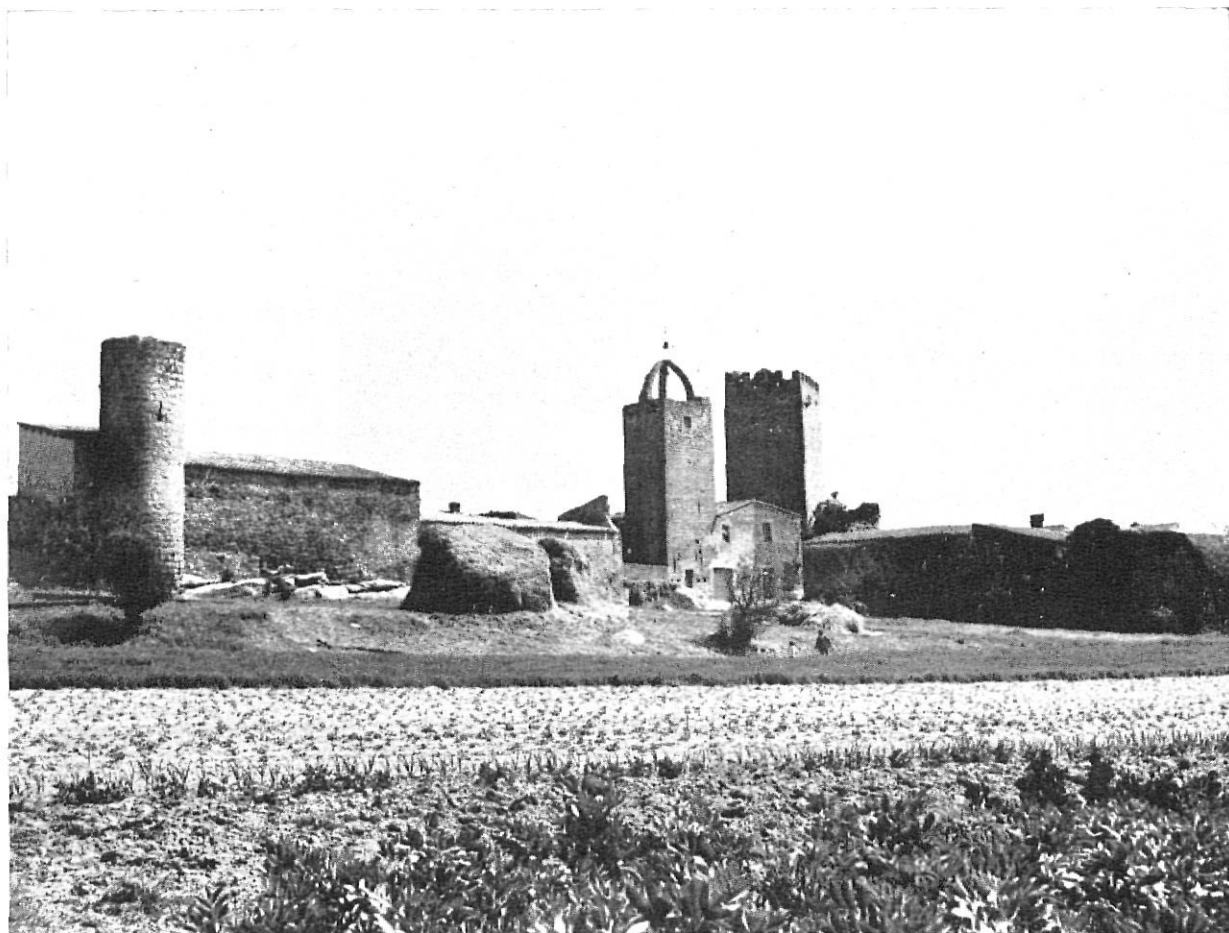
Me gustó el cementerio adosado a la iglesia. Un cementerio minúsculo pero con esbeltos cipreses que le daban una sombra intensa, a pesar de ser mediodía.

Me dicen que esta iglesia es escogida con frecuencia para celebrar matrimonios de la región.

Seguís luego la ruta de OLOT, hacia Ripoll, pero quedaréis prendidos en la espectacular belleza del paisaje que a lo largo de 38 kms., se

---

(1) Es curioso que muchos porteros de museos y guardias municipales de la Costa Brava son andaluces o extremeños.



PERATALLADA

va contemplando desde la carretera. Os recrean la vista montañas arboladas, bajo las cuales, hay algunas praderas y maizales. El sol de la tarde, echaba rociadas de luz sobre los varios matices del verde, mientras a lo lejos, unas sierras escalonadas, tenían en lo alto, neblinas azuladas. No se veía un pájaro ni se oía más ruido que el chorro abundante de una fuente en la carretera.

Esta es la tierra de la GARROTXA, como luego, hacia la costa, será la del Ampurdán, donde no hay esta bravura, sino horizontes llanos y donde todos los cultivos se aparecen, como en un tapiz, extendido a vuestros pies (Cereales, forrajes, maíz, girasoles, huertos, frutales...). Y, a veces, un caudaloso río, o un bosque simétrico, de abetos o de chopos. Todo forma una sinfonía en verde, en la que nada sobresale. Lo mismo ocurre con la sardana. El ritmo, va formando una escala, como el temblor que recorre las olas del mar, sin que ninguna se encrespe más que las otras. Podía ser un friso griego, mejor que una danza cantábrica en las noches de plenilunio. Y el canto dulzón de la cobla, tiene mucho de canto litúrgico de chirimía.

La sardana, al anochecer y a la orilla del mar, es más emocionante. Es la danza de un pueblo que se asoma a los acantilados de la costa en honor de un héroe desconocido, que puede llegar de lejos, en cualquier momento histórico. Y es también la rueda sencilla y democrática, en la que caben todos (y más en verano, cuando turistas de varios idiomas se funden, con los nativos, bajo los pinos que hacen guardia perenne sobre el mar...).

Me gustaría ver bailar la sardana, sobre uno de los torreones almenados, de cualquier castillo. Es probable, que cada una de las almenas, saliese de su sitio para alternar con los danzantes, esperando que un pintor fantástico llevase al lienzo aquella creación irreal.

Yo imagino a los monjes de cualquier cenobio medieval, de los que poblaron estas tierras ampurdesas, bailando solemnemente la sardana (si es que para entonces se conocía esta danza), en alguna fiesta grande o en los carnavales, cuando la costumbre de una expansión inocente, afloraba un poco la rigidez de la Regla. Entonces, es probable que algunas figuras de los capiteles ro-

mánicos cobrasen vida momentánea, para unirse a la celebración. Y esa fuerte dosis de poesía que tiene la sardana (poesía en endecasílabos y no en romance nervioso), se disuelve en el ambiente y es como un perfume inconfundible. Algo así, como lo es para Valencia, el azahar...

Pero dejemonos de fantasías y vengamos a dos pueblos humildes, cuya vida transcurre en plena edad media. Me refiero a su ambiente. No es para describirlos, sino para verlos. MONELLS y MADREMAÑA, en la misma carretera desde La Bisbal.

Monells tiene una plaza porticada, auténtica, completa y bien conservada. Amplios y bajos arcos, por los cuatro lados. Varios carros (de los que ya no se ven por las carreteras principales), entonan admirablemente este conjunto, bajo las arcadas. Varios chicos corretean, y sus voces suenan de un modo singular. Es como si fueran voces extrañas, porque aquí se debía de oír el catalán del siglo XV.

En MADREMAÑA, la cosa es aún más impresionante. Imaginad todo el pueblo interior, tal como estaba en el siglo XIV, con su iglesia del XII. Váis recorriendo calles (les llamo calles por no llamarles pasadizos, encrucijadas, recintos amurallados, etc.), y os parece que estáis en un lugar encantado. ¿Qué impresión se sufrirá, cada mañana, viendo todo este conjunto, al empezar la vida diaria? Porque vivir aquí, vistiendo trajes de hoy, es una profanación...

Entráis y salís y bajáis escaleras, dobláis a derecha o izquierda, y no acabáis de sorpresas. Arcos y arquillos románicos, muros pétreos, un pozo en un rincón, con su garrocha dispuesta siempre... Y luego la Iglesia. Un románico puro y desnudo y para colmo, la cruz procesional gótica, de plata sobredorada, erguida en el presbiterio, para el culto diario. La balaustrada del coro se adivina, más que se ve, y también es digna del templo.

Hay que dejar esto, porque oscurece. Claro que prometemos volver...

